La naturaleza como casa y familia: cosmovisión del pueblo cabécar sobre la vida y la creación



Para mi pueblo, la naturaleza es algo muy grande, muy hermoso y muy respetado. No es solamente el monte ni los árboles ni los animales. Para nosotros, la naturaleza es la casa: la casa donde Dios nos dejó junto con todos nuestros hermanitos. Y esos hermanitos son las plantas, los animales, las piedras, las hojas, el agua, el viento y también nosotros. Todos somos parte de esta creación. Nosotros somos parte de ella y ella es parte de nosotros.

Por eso, desde pequeños nos enseñan a respetar la naturaleza en todo el sentido de la palabra. Ese respeto no se aprende solo con consejos, sino con la manera de vivir. Nuestros mayores nos enseñaban a guardar silencio, a no llegar haciendo escándalo y a no hablar en voz alta en ciertos lugares. Decían que, cuando uno llega a un sitio nuevo, debe hacerlo poco a poco: mirando, sintiendo y aprendiendo a acercarse con respeto. Además, enseñaban que hay que hablar con las plantas y con los animales, porque ellos también escuchan y forman parte de nuestra familia.

En la tradición de mi pueblo hay muchas historias que explican esta relación con la naturaleza. Nuestros abuelos contaban que Sibö hizo a los primeros seres con flores, hojas, cascaritas, raíces, agua y arcilla. Así formó a nuestros antepasados y les dijo que la tierra era su casa. Después, algunos fueron transformados en piedras, otros en plantas y otros en animales. Por eso, decimos que las piedras son nuestros antepasados y que los animales también son nuestros hermanos. No lo decimos por decirlo, sino porque así entendemos la creación: todo tiene origen, todo tiene valor y todo merece respeto.

Nuestra espiritualidad también está unida a la naturaleza. Cuando nace una persona, se le puede regalar una semilla o una matita —como cacao, pejibaye o aguacate— para que la siembre. Cuando alguien muere, también se mantiene esa relación espiritual con la tierra y con la vida. Además, en nuestra tradición se canta al sol, a la luna, a las plantas, a los animales y a la misma naturaleza. El cabécar siempre canta, porque el canto es una forma de agradecer, de acompañar y de mantener viva la relación con todo lo que existe.

Recuerdo que mis abuelos hablaban con las plantas. Cuando yo era niño, los veía acercarse al maíz y decirle palabras cariñosas, como si estuvieran hablando a un hijo. Yo no entendía por qué lo hacían, pero ellos me enseñaron que no se debe maltratar la tierra ni hablarle mal a nada de lo que vive. Decían que todas las cosas hablan y que también saben reconocer si una persona actúa con amor o sin amor. Por eso, había que sembrar, limpiar, moler maíz y trabajar siempre con respeto, con cariño y hasta con canto, porque cuando las cosas se hacen con amor, la belleza queda dentro de lo que uno hace.

Para el pueblo cabécar, entonces, la naturaleza no es una cosa ni un recurso. Esta es nuestra casa, nuestra familia y nuestra raíz. En ella están nuestros antepasados, nuestra espiritualidad, nuestra forma de vivir y nuestra manera de entender el mundo. Nosotros no estamos aparte de la naturaleza: somos parte de ella. Por eso, debemos cuidarla, respetarla y vivir en armonía con todo lo que nos rodea.

> El cabécar siempre canta, porque el canto es una forma de agradecer, de acompañar y de mantener viva la relación con todo lo que existe.



Descendiente de los pueblos cabécar y bribri. Estudió en la Universidad de Costa Rica y fue asesor nacional del Ministerio de Educación Pública en las áreas indígenas. Investigador de la cosmovisión de los pueblos originarios y de sus cantos espirituales. Autor de diversos textos pedagógicos y narrador oral.

Severiano Fernández Torres